

# El cuerpo infinito

Hernán Valladolid Chávez

Lingüística y literatura hispánica

hernan.valladolid@alumno.buap.mx

Era una tarde calurosa y sofocante. Leiva se sentía sumamente cansado, exhausto por pasar toda la tarde arrancando la maleza de su jardín. Le había parecido una tarea de lo más sencilla, solo sentarse en su pequeña silla de madera y arrancar y arrancar hierba. Había subestimado aquella labor, pero sobre todo, su mente lo había engañado al creer que realmente podría hacerlo como cuando era apenas un joven lleno de fuerza y energía.

—Por el sudor que moja tu camisa y por tu espalda encorvada, puedo deducir que estás sumamente agotado, ¿cierto? —dijo una voz detrás de él.

Leiva se dio la vuelta y se sorprendió al ver al párroco del pueblo recargado en la cerca de madera del jardín. Se levantó al instante de la silla y se dirigió hacia la pequeña puerta dando paso torpes y sincopados.

—¡Padre!, discúlpeme usted. Por favor, pase, pase. ¿Cuánto tiempo ha estado parado usted ahí? Dios mío, qué desconsiderado soy, por favor, pase.

El párroco sonrió y pasó al jardín de Leiva. Se quedó un momento observando las flores y los setos que tenía frente a él.

—Vaya, qué hermoso. No lo recordaba tan colorido. ¿Esas son rosas?, ¡cielos, qué bellas son! —el párroco, que era ya un hombre

de avanzada edad y que había visto a Leiva desde que andaba en pañales, se acercó a los rosales con su paso lento y moderado y aspiró su suave aroma—. Sublime.

—Por favor, padre, tome asiento, debe de estar cansado por caminar hasta esta casa tan alejada del pueblo.

—Qué va —dijo el hombre, haciendo un gesto con la mano para restarle importancia—. Un hombre puede conservarse así pase una eternidad.

—¿Gusta por lo menos una limonada? La he preparado antes de ponerme a arrancar las malas hierbas del jardín.

El párroco barrió con la mirada el enorme jardín y se dirigió a un tocón que servía como banco y pasó su mano arrugada por la superficie pulida de la madera.

—No es necesario, hijo, solo pasaba por aquí y te he visto desde el camino. ¿Has estado bien? No has ido a misa desde hace... bueno, qué tonto, no debí haber preguntado tal cosa.

—Oh, no, por favor, padre, no se reproche por querer saber la verdad. El querer conocer la verdad no es un pecado —dijo Leiva, acercándose al párroco, poniéndole una mano en el hombro para reconfortarlo—. He estado bien. Ella amaba el jardín, bueno, los dos, pero la intensidad con la que ella amaba este pedazo de tierra, era como un

amor inhumano, tanto así que se convirtió en parte de ella.

—No puedes tener más razón, hijo. Creo que por eso también me animé a venir, al ver éste lugar, la veo también a ella.

Los dos se quedaron en silencio por un largo rato, sin saber qué más decir, hasta que el párroco se dirigió hacia un árbol de mango que había en una esquina del jardín, donde estaba una pequeña caja que contenía hierbas arrancadas desde la raíz.

El hombre tomó una de las hierbas entre sus manos y la alzó hasta la altura de sus ojos, ajustándose las gafas de montura para poder ver con mayor detalle aquél hierbajo que tenía frente a él. Leiva se acercó y se cruzó de brazos mientras veía lo que hacía el párroco.

—Vivir, nadie lo pide; morir, nadie lo quiere. Así son las cosas, hijo. Recuerdo cuando llevaba sus cestas de frutas y las compartía con las hermanas del convento, les llevaba flores los martes, porque decía que los martes las flores son más hermosas. Ellen ha dejado un enorme hueco entre nosotros, pero te aseguro que ella sigue entre nosotros, de una manera u otra, ella sigue aquí, de la misma manera en la que cualquier muerto lo está.

Al escuchar aquello, Leiva se acercó más y en su cara se podía ver la incredulidad, el desconcierto, una mezcla entre duda y lástima.

Sabía que su esposa estaba muerta, lo sabía con certeza. El mismo párroco había oficiado la misa y había cantado para que su alma hallara el descanso eterno, ¿por qué decía entonces algo como aquello?

—Ellen murió de un infarto, eso fue lo que dijo el doctor que le hizo la autopsia —comentó Leiva, por si el párroco ya se había olvidado de ello. Él vio cómo el cuerpo de su esposa caía al suelo para no volverse a levantar.

—Ah, eso —dijo el anciano, soltando un suspiro y mirando a Leiva directo a los ojos por encima de sus gafas—. Lo sé, hijo, lo sé.

Pero... ha pasado algo que va más allá de mis conocimientos teológicos y me han movido el suelo por el que he caminado toda mi vida. Conocí la respuesta a una pregunta que nunca me había formulado, y la respuesta siempre estuvo ahí, frente a mí, frente a todos —el párroco miró la hierba marchita que tenía en su mano y volvió a mirar a Leiva con unos ojos cansados—. ¿Sabes qué?, creo que sí te acepto esa limonada y el asiento que me ofrecías, ¿pero sería mucho pedir que charlemos bajo éste árbol de mango?

—Faltaba más —dijo Leiva, lanzándose

por la silla de madera en la que había estado sentado arrancando la maleza para ponerla bajo la sombra del árbol—. Ahora, siéntese y aguarde un momento en lo que voy por la limonada.

—Ah, muchas gracias, hijo, eres muy amable.

Mientras Leiva desaparecía por la puerta que llevaba a la cocina, el anciano miró con detenimiento el jardín, cada flor, cada árbol y cada maceta que había. Tantas veces había estado en aquél jardín que ahora le parecía casi extraño, como algo irreal, como un sueño borroso que se olvida justo cuando se despierta y nuestro ser de despegas del mundo onírico para regresar al mundo mortal.

Ellen había sido como una hija para él. Casi siempre que iba al pueblo, pasaba por la iglesia a dejarle alguna fruta de su cosecha. Pero desde que ella se había ido, sentía una especie de vacío en él, pero un vacío que estaba aprendiendo a llenar, pues sabía que en realidad su esencia permanecía rondando por el mundo. Eso lo sabía por lo que había visto en la mañana, razón por la que no sabía si ir o no a ver a Leiva y contárselo. A lo último solo decidió salir a caminar, y si tenía la suerte de verlo por ahí, platicaría con él; sabía que lo escucharía y que lo comprendería. El destino quiso entonces que sí se lo contara, pues dio la casualidad de que el muchacho estaba afuera, en el jardín de su difunta esposa, y hacía algo que justo le ayudaría a explicar lo que había descubierto y lo que había visto.

Ay, los pensamientos de un anciano, tan vagos y efímeros como una nube por el cielo. La otra cosa, había ido también por otra cosa, pero su edad ya no le permitía conservar todo. Dios había sido clemente con él, y ahora su memoria comenzaba a jugar con él.

Estaba tan sumido en sus pensamientos, intentado recordar cuál era la otra cosa que quería decirle a Leiva, que no se dio cuenta de que el muchacho le tendía un vaso de limonada hasta que le puso una mano en el hombro y le dio un ligero apretón.

—¿Se encuentra bien, padre?

El pobre anciano dio un pequeño brinco que lo obligó a salir de su ensimismamiento.

—Oh, claro, hijo. Solo intentaba recordar algo —dijo con calma mientras tomaba el vaso de limonada entre sus manos—. Debes perdonar a mi mente, ya empieza a cobrar su venganza por el paso de los años.

Leiva se sentó en una silla que había traído de la casa y miró con curiosidad al párroco, pues a pesar de su avanzada edad, sabía que

tenía una perfecta memoria, incluso una mucho mejor que la que él tenía.

—Es usted un hombre muy sabio, padre, seguramente lo que sea que no recuerda ahora, lo recordará más tarde.

—Seguro, seguro que sí —le dio un sorbo a la limonada y se preparó para contarle a Leiva lo que había sucedido allá en el pueblo, justo en la misa de la mañana—. ¿Has leído lo que dice la biblia sobre la muerte, hijo mío? —preguntó después de un momento de silencio.

Leiva se sintió un poco acribillado por la pregunta, pues era rara la ocasión en la que llegaba a abrir la biblia para leerla.

—Realmente no, padre. Platico con dios, desde luego, pero casi no leo la biblia —se sinceró Leiva, no tenía caso mentir.

—Hay algunos pasajes que comparan la muerte con un sueño, como estar dormido, sumergirse en un letargo donde no existe el tiempo ni el espacio, y aguardar a la segunda venida de nuestro Señor. —Eso suena... pacífico. —Lo es, hijo. Dormir cura el alma, limpia nuestros pecados.

Cura las heridas que nos hicimos a lo largo de toda nuestra vida.

Dormir es esperar a que se abran las puertas del paraíso —el párroco le dio otro sorbo a su limonada y miró las copas de los árboles que estaban del otro lado del jardín, como intentando atrapar el viento con la mirada—. ¿Pero sabes algo? Esa idea no me gusta mucho, no me termina de agrandar del todo. ¿Sabes qué más dice la biblia sobre la muerte, hijo? La resurrección —se contestó a sí mismo, sin esperar a que Leiva, quien lo escuchaba con atención y asombro, le respondiera siquiera—, habla de resurrección. La palabra de dios dice que nuestro Señor vendrá y nos regresará a la vida una vez que nos hayamos ido, una vez que nuestros cuerpos se hayan consumido por el paso del tiempo. “No os maravilléis de esto; porque vendrá la hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida”. Eso significa que regresaremos una vez más a este mundo, a caminar y correr por el suelo. >>Pero pasemos ahora a otra cuestión, a la cuestión del alma.

Pero para hablar del alma, debemos hablar de nuestra creación, de cómo fue que Dios nuestro Señor nos creó y nos dio la vida.

“Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente”. Somos polvo, hijo, polvo moldeado a la voluntad de Dios, movido por su aliento y por su amor.

Por eso es que existimos, hijo mío.

¿Sabes qué más dice la palabra de Dios sobre la muerte, pero que al mismo tiempo se relaciona con nuestra creación? “Con el sudor de tu frente comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella fuiste tomado. Porque polvo eres y al polvo volverás”. Cuando se termine nuestro tiempo aquí, volveremos a la tierra, que es de donde venimos. ¿Ves a dónde quiero llegar?

Leiva lo dudó un momento antes de responder, quiso unir los hilos que le había tendido el padre, pero no sabía cómo unirlos.

—Somos polvo, al polvo regresaremos cuando termine nuestro tiempo, pero al mismo tiempo, aguardaremos a la resurrección para la segunda venida. No sé si estoy bien —dijo Leiva, con un tono de duda en su voz.

El párroco se permitió reír ligeramente, una risa genuina y alegre que denotaba que el muchacho estaba comprendiendo lo que intentaba decir. Aquello era solo el principio y, para ser apenas el comienzo, iban muy bien.

—Desde luego que estás bien, hijo, muy bien. Ahora, aquí hay unas cuestiones más. Dios, al crearnos del polvo, nos dio vida con su aliento, por lo que su aliento es nuestra alma —el anciano hizo una pausa para dar otro sorbo de su limonada, pues sentía que su lengua comenzaba a secarse de tanto hablar, pero hablar de aquello le apasionaba como nada en el mundo. Miró las hierbas Leiva había arrancado y volvió a tomar una con sus dedos nudosos y temblorosos por el paso de la edad—. ¿Alguna vez estudiaste ciencia, muchacho?, tal vez la pregunta te parezca extraña, pero también tiene que ver con lo que te quiero explicar.

—Solo lo básico, lo que enseñaban en la escuela y nada más, las ciencias y las matemáticas nunca se me dieron muy bien, siempre tenía mala notas —confesó Leiva.

—Yo una vez tomé un libro, precisamente porque tenía duda sobre algunas cosas que no me quedaban claras. Y no es que la palabra de dios no lo explique, sino que quería saber y conocer otros puntos de vista.

Fue en un libro de química donde hallé la respuesta, y me sorprendió lo que encontré. Había una sección en la que se hablaba sobre la materia, la masa y la energía, pero fue precisamente lo que dijo un químico sobre la materia. Afirma que hay un principio de conservación de la masa, en la que dice que la masa no se crea ni se destruye, sino que se transforma; habla sobre que los átomos no llegan a desaparecer, simplemente se ordenan

de una manera distinta a la que estaban en el principio. Dios quiso que por algo yo me topara con esas dudas y tuviera que leer aquel libro.

En otro de los pasajes, encontré que la materia, es todo aquello que ocupa un lugar, un volumen. Nosotros somos materia, hijo, nosotros somos materia. ¿Puedes imaginar eso?

Es aquí donde viene lo más interesante de todo, donde ciencia y religión se unen en una sola. El aliento que nos da la vida, nuestra alma, no puede existir sin más, sino que debe de morar en un cuerpo. Un alma debe habitar un cuerpo y ése cuerpo, será el ancla, la presencia de nuestra alma. Esto es como el lenguaje, el lenguaje es la manifestación de nuestro pensamiento, por medio de él podemos manifestar nuestras ideas; lo mismo sucede con el alma y el cuerpo, el cuerpo es la manifestación del alma, gracias a nuestro cuerpo, el alma puede tener un recipiente en el que estar contenida.

Ahora, hijo, déjame unir todo lo que he dicho hasta ahora de una manera coherente para llevarte al punto que quiero que entiendas, y que tiene que ver en gran medida con lo que he visto hoy por la mañana y me ha dejado sumamente frío y perplejo.

Mira esta hierba muerta; en algún punto, tuvo que nacer, crecer y llegar hasta ahora, al día en el que la arrancaste. Nuestra estancia aquí es tan irreal que pensamos que al arrancar una hierba, ésta desaparece para siempre. No es así, recuerda lo que te he dicho de la materia. Esta hierba no morirá, sino que simplemente pasará a ser otra cosa... polvo.

Te he dicho que dios nos creó del polvo y nos dio un alma para otorgarnos la vida, al mismo tiempo, cuando morimos, nuestro cuerpo regresa a la tierra, pero nuestra alma debe aguardar la llegada de nuestro Señor para poder resucitar, pero, si nuestra alma no puede estar sin un cuerpo, ¿entonces a dónde va?, ¿qué pasa con ella en el lapso en el que nuestro cuerpo se hace polvo y el momento de la resurrección? Leiva se permitió liberar un grito de asombro. Aquello era tan abrumador que no sabía qué decir ni qué agregar para no quedar como un tonto frente al padre, que desde siempre le había parecido una eminencia.

—Todo esto es tan asombroso, padre. Demasiado asombroso.

—Desde luego que lo es, hijo. Y aguarda a que te cuente lo que viene después. Al seguir leyendo, me encontré con que la materia nos

mantiene amarrados de alguna manera al mundo terrenal, al mundo de lo visible y lo tangible, pero el alma es algo que va más allá, algo que no respeta los límites de la ciencia. El alma solo se obedece a sí misma, se entrega a un cuerpo para mantenerse y ser lo que ella es.

¿Recuerdas que te dije que la muerte era comparada con el sueño en la palabra de Dios? Cuando duermes, no tienes noción del tiempo, diez horas son como diez minutos. Todo es tan distorsionado. Para el alma, el tiempo no existe, porque para el tiempo, el alma tampoco.

Nunca nos vamos, hijo, jamás nos vamos de éste mundo ni de ningún otro. Cuando nacemos, el alma se adhiere a nosotros, haciéndonos suyos, sus prisioneros, para que ella pueda seguir existiendo y aguardar a la resurrección de nuestro Señor. Pero esto es lo curioso, a pesar de que el alma no entra dentro los campos de la ciencia ni de la química, ocupa un lugar en el espacio, en nuestro cuerpo, por lo que al morir, nuestra alma se desprende de nuestro cuerpo, ¿y sabes qué es lo que pasa?

—¿Se transforma en otra cosa?

—¡Eso es! Tiene que buscar la manera de permanecer aquí, ya sea otro cuerpo u otro elemento, pero siempre permanece aquí, en este mundo. Te lo he dicho al principio, un hombre puede conservarse así pase una eternidad. Pero no es el hombre lo que se conservará, será su alma. Y aquí es donde entra lo que vi en la mañana. Sonará descabellado y demente, pero dos familias llegaron a la parroquia en busca de refugio. Vi que estaban hambrientos y los pasé al comedor, pero una niña, de unos nueve o diez años, se acercó a mí, y me dio una flor, pero me dijo algo, algo que me cerró la garganta y no me dejó hablar, pues la sorpresa había sido grande.

Leiva se acercó un poco más hacia el párroco, intrigado por todo lo que le había contado en los últimos minutos.

—¿Qué fue lo que dijo ella?

—Algo que nunca creí escuchar de alguien que no fuese Ellen.

Me dijo “para usted, porque hoy es el mejor día para regalar flores, me lo contó ella misma cuando la corté”. ¿Y sabes qué día es hoy, hijo?

El muchacho se quedó en silencio, asimilando lo que el párroco estaba intentando decirle.

—Nuestro cuerpo es infinito, hijo, al igual que nuestra alma.

Ellen sigue entre nosotros, entre las hierbas,

## Cuento

las flores y las frutas.

Ella sigue aquí, en todo lo que ella amó. Sigue siendo materia, así que sigue estando atada al plano de lo real.

Hubo un silencio que ninguno de los dos quiso romper, pues Leiva seguía analizando todo lo que padre le había dicho.

Un rato después, siguieron charlando de otras cosas, mientras el padre intentaba acordarse de la última cosa que quería decirle a Leiva, pero por más que lo intentó, no pudo.

La noche cayó sobre ellos y la oscuridad lo pintó todo de negro.

Leiva se ofreció a acompañar al párroco hasta la iglesia del pueblo, pues el camino estaba oscuro y solitario. Mientras se dirigían al pueblo, siguieron conversando acerca de cómo era cosechar maíz en tierras como aquellas y sobre la sobrina del padre, quien había querido tanto a Ellen que en ocasiones llegaba a visitarla para intercambiar flores. Era una niña llena de alegría, pero desde que la esposa de Leiva había fallecido, su actitud incluso se había visto afectada, fría y distante. De hecho la vieron cuando llegaron a la iglesia, enfurruñada en una esquina del comedor, peleando con una monja por no querer cenar.

Leiva quiso hacer algo, pero decidió marcharse para tomar un baño y limpiarse el polvo de su cuerpo.

Se despidió del padre y emprendió el camino de regreso.

Cuando salió de la iglesia, sintió que una ráfaga de viento le acariciaba suavemente la mejilla y parecía envolverlo en un abrazo cálido y amoroso.

Al llegar a su casa, puso agua a calentar sobre un fogón y se preparó una taza de café. Después de ducharse, se fue a la cama y durmió.

La semana que siguió, se dedicó a embellecer el jardín a tal grado que incluso el párroco se sorprendía cada vez que llegaba, pues desde la tarde que habían platicado, lo iba a ver por la mañana.

Un domingo, decidido a ir a misa, Leiva se puso presentable, cogió su biblia y se dirigió al pueblo. Al llegar a la iglesia, se impresionó de verla abarrotada. Supuso que siempre había sido así, pero él, al no ser un hombre observador, nunca se había dado cuenta.

Cuando entró, se dio cuenta de la razón por la cual la iglesia estaba llena. Era una misa de cuerpo presente. El párroco había fallecido. ●

